

923
M

F1233
M452



Quedan asegurados los derechos conforme a la ley.

FONDO
SALVADOR TOSCANO

126950

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



PRIMERA PARTE

EL EMPERADOR Y SU CORTE

CAPÍTULO PRIMERO

Entrada triunfal de S.S. M.M. á la Capital. — Favorable impresión que causa su presencia entre los habitantes. — Quince días de fiestas. — Benévola acogida que hace S.M. el Emperador á todas las solicitudes. — S.M. salva á mi hermano de la muerte. — Mi primer cargo en la corte de Maximiliano. — Viaje del Sr. Eloin. — Delicada misión que se me confia.

Los habitantes de la ciudad de México y los de la Villa de Guadalupe, que aun vivan, no olvidarán, sin duda alguna el día once de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Fué esa fecha memorable la que la Providencia destinó para que S.S. M.M. Maximiliano I y su esposa muy ilustre, hicieran su entrada triunfal en la ciudad de México.

Desde las primeras horas de la mañana de ese involi-

dable día los llanos de Aragón presentaban un aspecto muy pintoresco.

Doscientos y tantos carruajes abiertos lucían ricamente ataviadas á las más distinguidas y más hermosas damas de la alta sociedad mexicana; en derredor de los carruajes se apiñaban los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta, y por la extensa llanura de Aragón, bajo el cielo purísimo del Valle de México, el pueblo en masa arremolinándose para ver mejor, esperaba ávido la llegada de los Soberanos.

Las banderas tricolores, los numerosos ramilletes, las grandes ramas, los atavíos multicolores de las damas y señoritas de la clase media, todo en fin daba á los llanos extensos de la hacienda citada un aspecto mágico, que, repito, jamás han de olvidar quienes, como yo lo presenciaron.

Á la hora en que S. M. Maximiliano y su esposa, llegaron á la entrada de Aragón, el entusiasmo rayó en frenesí.

Servía de vastísimo palio á aquella ovación popular, el límpido cielo azul de nuestro Valle; una lluvia de las flores más exquisitas y perfumadas que producen los huertos de los alrededores de la capital, cubrió por completo el carruaje que conducía á Sus Majestades y después de los prolongados vivas y aplausos, una comisión formada por los caballeros y las damas más distinguidas de la ciudad les dió la bienvenida en nombre de los habitantes de la capital del Imperio.

Enseguida toda la comitiva imperial se dirigió á la

basílica Guadalupana, donde por primera vez se cantó el *Domine, salvum fac Imperatorem*, que fué acompañado en masa por todos los asistentes.

Terminado el canto sagrado, Sus Majestades pasaron á la Sala Capitular donde recibieron la bienvenida del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, del alto clero, del cuerpo municipal, del ministro de Francia, M. de Montholon, del general Bazaine, y del general Neigre.

Tomó la palabra el Jefe Político de la Villa, Sr Villar y Bocanegra, para dar la bienvenida á los Soberanos; el Emperador contestó con frases muy conmovedoras que fueron interrumpidas por vivas y prolongados aplausos.

Después de esta ceremonia, Sus Majestades se retiraron á la Colegiata donde se sirvió la comida aplazándose para el día siguiente la entrada á la capital.

El día doce de junio, las principales calles de la ciudad parecían más bien los corredores de un vastísimo y suntuoso palacio; arcos de triunfo bellísimos y de exquisito gusto, formados con flores naturales, largos tramos ricamente alfombrados, colosales espejos, enormes banderas nacionales y extranjeras, ir y venir de elegantes damas y apuestos caballeros, todo, repito, hacía que las calles principales de la capital tuvieran más bien el aspecto de los corredores ó de las terrazas de un vastísimo y suntuoso palacio que el de calles de una ciudad.

Todos los templos de la capital echaron á vuelo sus campanas y las salvas de artillería se sucedían sin interrupción.

A la vanguardia de la comitiva iba el regimiento de lanceros mexicanos al mando de su coronel López. Este regimiento venía escoltando á Sus Majestades desde Veracruz y fué denominado algún tiempo después Regimiento de la Emperatriz.

Enseguida venia el regimiento de Cazadores de África y los húsares franceses que precedían la carroza de Sus Majestades.

Á ambos lados de ésta y en magníficos caballos iban los generales Bazaine y Neigre, escoltados por su numeroso y brillante Estado Mayor; seguían al carruaje imperial sesenta coches ocupados por los altos dignatarios del Imperio; cerrándose el cortejo con un regimiento de caballería mexicana.

Dirigiéronse primero los soberanos á la Catedral, donde se entonó un solemne *Te Deum*, y después de esta ceremonia, á pie, se dirigieron al Palacio, en medio de una multitud de más de cien mil personas que llenaban el aire con ensordecedores vivas y aplausos.

Entre aquel mar humano, pude por vez primera contemplar rápidamente y á unos cuantos pasos al hombre á quien después había de ser acreedor á beneficios sin cuento.

Le vi pasar, arrogante, majestuoso y esbelto; impresionándome por vez primera sobre todo, la dulzura de su mirada; mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fué concedido contemplar después.

Su larga barba de oro dividida en el centro le daba un



La Emperatriz.

aspecto tal de Majestad, que era imposible verle sin sentirse desde luego atraído y fascinado.

Desde el balcón central del Palacio, Sus Majestades saludaron á la multitud y por la milésima vez en ese día, se repitieron los vivas, los aplausos y las más estruendosas manifestaciones de entusiasmo y de simpatía.

Quince días duraron las fiestas imperiales, quince días de regocijo continuo, de constante alegría, de pomposas revistas militares, de representaciones de gala en la Ópera, de grandes bailes ofrecidos por la municipalidad, de festejos sin cuento; siéndome concedido en algunos de ellos volver á ver de cerca las figuras majestuosas del Emperador y de la Emperatriz.

Algunos días después de la entrada triunfal de los soberanos á la capital, recibió mi madre una carta en la que se le participaba que mi hermano, joven de quince años que hacía pocos meses había desaparecido del hogar, para lanzarse á la revolución, se encontraba prisionero en *la Martinica*, nombre que se daba á la cárcel de la callejuela, habiendo sido hecho prisionero por una fuerza francesa que perseguía á la guerrilla de Nicolás Romero, en la que se encontraba mi referido hermano, y que probablemente éste sería pasado por las armas.

Mi padre, que había muerto repentinamente en Palacio siendo ayudante de campo del presidente Don Félix Zuloaga, y que siempre había servido en las filas del ejército conservador, había sido en vida muy querido y

estimado por sus jefes y á su muerte dejó muy buenos recuerdos entre los militares.

Á los antiguos amigos de mi padre acudió mi pobre y desolada madre en busca de consejo y protección en aquel trance tan amargo.

Varios de ellos firmaron una solicitud, en la que se pedía á Su Majestad el Emperador, indultara y pusiera en libertad á mi hermano, teniendo en cuenta su corta edad.

Una mañana, llevando ya nuestra solicitud, nos dirigimos mi madre y yo á Chapultepec, residencia de los Soberanos; y á la entrada del bosque, esperamos entre muchos otros solicitantes, que salieran Sus Majestades.

Pronto aparecieron dos picadores vestidos de jockeys, que precedían el carruaje á la Daumont, que conducía á Maximiliano y á su esposa. Detúvose el carruaje ante el grupo de solicitantes y Su Majestad el Emperador después de saludar atentamente á todos, recibió los pliegos que se le tendían y que colocó en el asiento delantero.

Maximiliano vestía aquella mañana larga levita negra y llevaba sobre el pecho, el Toisón de oro, pendiente de ancha cinta moiré. Su ilustre consorte vestía traje de seda lila y cubría sus hombros con rica manteleta de seda negra; el sombrero era negro también, y el del Emperador de copa alta y gris, habiendo muy poco tiempo después extendídose esa moda entre todos los elegantes de la capital.

Pocos días después, mi hermano, el prisionero de la Martinica, se presentaba en mi casa y toda mi familia contraía la primera deuda de gratitud para con el hombre generoso y magnánimo que tan trágicamente había de morir tres años después.

Había un amigo de mi familia, que tenía muy buenas relaciones entre la oficialidad del ejército francés, y una mañana, este buen amigo nuestro nos manifestó que un oficial belga llamado Roberto Limelette Vanderlynden, empleado en el gabinete del Emperador, le había preguntado si conocía á alguien que hablara francés, para que sirviera de intérprete al consejero Don Félix Eloin, jefe del gabinete, quien no conocía absolutamente una sola palabra de español.

Me dirigí á Palacio, donde fuí presentado por el oficial belga Vanderlynden al Sr. Eloin.

Era éste un hombre alto, como de cincuenta años de edad, grueso, adusto, de pocas palabras. Sus largos bigotes le caían á uno y otro lado de los labios; y en verdad, la primera impresión que me causó el jefe del gabinete, fué la de un hombre agrio y de carácter duro, pero á las pocas palabras que crucé con él cambió por completo mi opinión, pues sus frases agradables, si bien lacónicas, hacían que después de tratarle un poco, se viera desde luego que tenía uno que habérselas con un hombre de mundo y de sociedad.

Era como ya dije, Belga de nacionalidad, ingeniero de profesión, y gozaba de una influencia ilimitada con el Emperador. Nadie sabía á qué se debía esta grande

influencia, pero el caso era que recomendado á Maximiliano por su suegro el Rey de los Belgas, tenía en el ánimo del Emperador un ascendiente extraordinario.

Habló conmigo largamente en francés, se convenció de que conocía yo suficientemente ese idioma, y después de nuestra conversación, me dió algunas cartas en español para que las tradujera al francés y quedé desde luego admitido á su servicio.

Consistían mis tareas, en servir de intérprete á las personas que deseaban hablar con el Sr. Eloin y que no conocían la lengua francesa, en traducir algunas cartas y en arreglar y sellar la correspondencia para los ministros de México en el extranjero.

Mi entrevista con el Emperador se efectuó muy pocos días después de mi ingreso al servicio del Sr. Eloin. Encontrábame trabajando, cuando llegó Su Majestad por una escalera de caracol que conducía á la pieza en que yo trabajaba, situada en el primer piso del ala izquierda del Palacio. Vestía esa mañana el Emperador, traje de general mexicano, levita azul con botones dorados, pantalón de montar azul también y bota fuerte. Al cuello llevaba como cuando lo vi en su entrada á la capital, el Toisón de oro, pendiente de una cinta negra.

Fué entonces cuando á todo mi sabor pude por primera vez, contemplar su noble y augusta fisonomía, las miradas bondadosas de sus ojos azules, su larga barba rubia, dividida en el centro y el signo característico de

los Hapsburgos, el labio inferior caído hacia afuera.

Con frases bondadosas, me preguntó si tenía mucho trabajo, y si estaba contento con mi nuevo empleo.

Después de una breve conversación conmigo, habló con el Sr. Eloin, retirándose enseguida á sus habitaciones.

Poco tiempo después de esa corta entrevista mía con Su Majestad, el Sr. Eloin fué enviado á Europa, con una misión, siendo esta únicamente un pretexto para alejarlo de la corte, pues Eloin trabajaba en contra de los intereses de los Franceses, lo que hizo que éstos intrigaran para alejarlo.

El Sr. Eloin fué substituído en el gabinete: primero por el comandante Loysel y después por el capitán Pieron.

En ese lapso de tiempo, el Emperador á quien desagradaba profundamente el clima de la capital, había salido para Orizaba, donde asistió al matrimonio de su amigo el teniente de marina don Carlos Shaffer, con una Srta. Bringas. El teniente Shaffer había acompañado á Su Majestad en su viaje de circunvalación y á eso debía el alto honor que Maximiliano le dispensara con su cariño y amistad.

Pocos días después del matrimonio del teniente Shaffer, Su Majestad fijó su residencia en la hacienda de Jalapilla situada á una legua de Orizaba y de allí pidió al comandante Loysel, unos documentos que en el gabinete existían, manifestando que deseaba fueran enviados con un empleado y no por correo, por temor de que se

extraviaran. Tuve la honra de que el comandante Loysel me comisionara para llevar al Emperador los documentos citados y con una buena escolta, salí de la capital para Orizaba, en diligencia, llevando en mi poder los documentos pedidos por Su Majestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprob. 1625 MONTENEGRO, MÉXICO

CAPÍTULO II

Mi llegada á la hacienda de Jalapilla. — Mi entrevista con el Emperador. — Personas que formaban su comitiva. — La vida de Su Majestad en la hacienda. — El secretario Poliakovitz. — Arribo del ministro de la Guerra y del general conde de Thun. — Excursión pintoresca por las montañas. — San Juan Coscomatepec. — El paso del río de Jomulco. — Huatusco. — Las haciendas del Mirador y de Mahuistlan.

Dos días después de mi salida de México, bajo una lluvia torrencial, en plena obscuridad, á las nueve de la noche llegué á Orizaba y procuré apersonarme en el acto con el coronel Feliciano Rodríguez, quien me proporcionó inmediatamente un carruaje para dirigirme á la hacienda de Jalapilla.

Cuando llegué á la residencia imperial reinaba en ella el más profundo silencio. Centinelas de los húsares austriacos y soldados del regimiento de la Emperatriz daban la guardia en la parte baja, y en los corredores altos hombres de estatura gigantesca pertenecientes al cuerpo de la Guardia palatina, cuidaban del orden.

Me dirigí á la habitación del secretario particular de

Su Majestad. Llamábase éste Nicolás de Poliakovitz, era de nacionalidad austriaca, joven, de agradable presencia, y conocía perfectamente el francés, el alemán, el inglés y el español. Me manifestó que le dejara los pliegos que traía para el Emperador, que volviera á dormir á Orizaba y que me presentara al día siguiente á recibir las órdenes de Su Majestad.

Á la hora que me había fijado el secretario Poliakovitz me presenté en Jalapilla y fui desde luego introducido á la habitación del Emperador.

Habitaba Su Majestad una pieza muy amplia con vista al campo. Desde las ventanas de su cuarto Maximiliano podía dejar que sus miradas se perdieran en las altas y azules montañas que rodean á Orizaba. Allí muy cerca, á muy pocos pasos de este cuarto, frondosas arboledas, que aquella mañana exhalaban frescos perfumes, á causa de la lluvia de la vispera, servían de tranquilo y alegre cuadro á la habitación del soberano austriaco.

Esa mañana que fui recibido en Jalapilla, Maximiliano vestía traje blanco, que era el que adoptaba siempre que viajaba por tierra caliente, estaba sentado frente á una mesa cargada de papeles, en la misma mesa había un finísimo sombrero jarano blanco, con toquilla de oro. El mobiliario de la habitación estaba formado por algunas sillas de bejuco, un tocador, un lavamanos y en el fondo un angosto catre de hierro, que era el que usaba siempre y que llevaba en todos sus viajes, pues nunca dormía en los suntuosos lechos que le preparaban.

— ¿Cómo le fué á Ud de viaje? me preguntó afablemente.

¿Es la primera vez que sale de México? siguió preguntándome, ¿qué le parece este clima?

Yo lo encuentro encantador, prosiguió, y lo prefiero mil veces al aire viciado y malsano de la capital.

Después agregó:

— Usted se quedará aquí algunos días para descansar y luego volverá á su oficina. Ya di orden de que le preparen una habitación y llamaré á Ud si algo se me ofreciere.

Un camarista me condujo á mi habitación, y pocos minutos después fui llamado para el almuerzo, pues durante sus viajes el Emperador proscribía la etiqueta palaciega, y á su mesa se sentaban todas las personas que formaban su séquito.

Aquel día la mesa se había colocado en uno de los amplísimos corredores de la hacienda, y el almuerzo se servía en la rica vajilla imperial, que tanto en las piezas de porcelana como en las de cristal, lucía el monograma del Soberano y las armas imperiales.

Ocupó Su Majestad el centro de la mesa; á su derecha se encontraba el ministro de Relaciones exteriores Lic. Don Fernando Ramírez, notable abogado liberal, muy erudito, y de gran talento; había costado gran trabajo haberle hecho aceptar ese cargo pues se había rehusado servir al Imperio; tendría en esa época unos cuarenta y cinco años, era de mediana estatura, un poco grueso, y en su fisonomía se revelaba el tipo muy caracterizado de la raza indígena.

Sus frases eran concisas y terminantes y desde luego se adivinaba en él, al hombre de carácter firme y de principios fijos.

Á la izquierda del Emperador, se encontraba el ministro de Fomento, Don Luis Robles, rico minero perteneciente á una distinguida familia de Guanajuato, hombre de carácter muy agradable, muy jovial y que desde luego simpatizaba á todas las personas que le trataban por su ingenio y por su franqueza; tenía unos cuarenta años, era de color muy blanco, usaba la barba cerrada, y por su pronunciación española muy afectada parecía más bien ibero que mexicano.

Junto á los ministros citados, se encontraban respectivamente les Sres. Feliciano Rodríguez y Paulino Lamadrid.

El primero que tenía los cargos de ayudante de campo y caballerizo mayor de S. M. era un guapo mozo, vestía elegantemente y era un consumado jinete, que lo mismo lucía el uniforme vistosísimo de su cargo, montando briosos caballos en monturas militares ó silla inglesa, como el traje típico de charro.

Para los sports nacionales, como colear, lazar, etc., no tenía rival Feliciano Rodríguez; derribar un toro en un coleadero era para él la cosa más sencilla del mundo.

El coronel Paulino Lamadrid era comandante de la guardia municipal, había sido siempre partidario fanático del Imperio, y en las épocas en que el partido liberal estaba en el poder, Paulino asombraba hasta á sus enemigos políticos por su audacia y su valor civil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apta. 1625 MONTERREY

Paseábase arrogantemente por las principales calles de la ciudad luciendo magníficos caballos y un espléndido zarape verde con cruz blanca (el color verde como es bien sabido era el distintivo peculiar del partido conservador así como el color rojo el del partido liberal) y hacía alarde de sus opiniones políticas, del todo opuestas á las del partido que se encontraba en el poder.

Tenía una complexión hercúlea, muy ancho de espaldas, algo grueso, de mediana estatura, de regulares facciones, de color moreno, usaba la barba completamente cerrada y los cabellos largos que le caían hasta los hombros.

Como su amigo Feliciano, era Paulino temible en los sports nacionales, derribaba un toro no sólo coleando á caballo sino á pie, sport peligrosísimo, en el que nadie se atrevía á competir con él. Varias veces le vi hacer esa terrible suerte y causaba verdadera y profunda emoción la impasibilidad con que esperaba á la fiera y cuando la cola del animal estaba al alcance de su mano, cogíala con su mano hercúlea, apoyábase fuertemente en sus pies y el toro caía revolcándose por el suelo.

Maximiliano conociendo la profunda adhesión de Paulino por la causa imperialista, le devolvía en grandes muestras de aprecio y en cordial afecto su decidida adhesión.

Seguían en la mesa los oficiales de órdenes Pedro Ormaechea y Ciro Uruga; este último era hijo del general de división Don José López Uruga, liberal que se pronunció por el Imperio con toda su división y que

más tarde pagó muy caro ese delito político, pues fué desterrado al extranjero donde murió sin haber vuelto jamás á su patria.

Junto á Ciro Uruga, se encontraba el coronel López, uno de los hombres más adictos al Emperador. López era muy blanco, rubio y de ojos azules, lo cual hacía que muchas personas lo creyeran francés.

Los demás comensales eran: el doctor Semeleder, médico de cámara de Su Majestad, y que venía desde Europa á su servicio, el secretario Poliakovitz, que había desempeñado antes el mismo cargo cerca del Consejero austriaco barón de Scherzenlechner, dos oficiales austriacos, que mandaban la escolta de húsares y que se llamaban el conde Pachtla y el barón de Kulmer, Don Francisco O' Gorman secretario del ministro Ramírez y yo.

Dirigía el ejército de criados, el mayordomo Venisch, viejo vienés que estaba al servicio del Soberano desde hacía varios años, y que le había acompañado, fielmente durante su gobierno en el reino Lombardo Veneto. Este mayordomo tenía á su cargo el servicio de la mesa imperial tanto en las residencias de Sus Majestades, como durante los viajes; era el que empacaba y desempacaba las vajillas, el que servía personalmente los vinos durante las comidas y, como dije ya, el que dirigía el servicio de la mesa; este servicio lo hacían ocho criados, mexicanos unos y otros extranjeros: durante los viajes todos vestían el traje de charros mexicanos, llevando pantalón negro, con botonadura de plata, chaquetas y sombrero jarano.

El Augusto Soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo y sus cocineros se esmeraban para no disgustarlo. Los platillos estaban preparados según la cocina francesa, pero con algunas modificaciones del arte culinario vienés; los vinos que se servían en la mesa imperial eran de lo más exquisito. Durante el almuerzo, Jerez, Burdeos, Borgoña y vino de Hungría; y en la comida, del Rhin y Champaña, además de los mencionados.

Gustaba mucho S. M. de oír durante la comida anécdotas, cuentos picantes y aventuras; sobre todo si se relacionaban con alguno ó algunos de los comensales; á todos dirigía la palabra y cuando alguien contaba con verdadero ingenio algún cuento picante ó alguna anécdota, el Soberano reía de muy buena gana y no dejaba de hacer observaciones muy ingeniosas y picantes también.

Después del café, se levantaba inmediatamente de la mesa, se despedía de sus comensales, y pasaba á sus habitaciones con alguno de sus ministros ó su secretario y se ponía á trabajar.

Lo mismo durante el almuerzo que durante la comida, una orquesta ejecutaba escogidas piezas, recibiendo remuneración muy amplia por su trabajo.

El día á que vengo refiriéndome desde el principio de este capítulo, además de la orquesta, una jovencita india muy agraciada, tocó en el salterio piezas muy sentimentales que agradaron mucho al Soberano. Como la indígena ejecutante, no solamente era joven y guapa

sino que vestía traje muy pintoresco. Su Majestad estuvo bromeándola, y diciéndole que *Ciro Uruga* y yo, que éramos los más jóvenes de la reunión, íbamos á salir discípulos aprovechadísimos en el salterio, con maestra tan linda.

Durante mi estancia en la hacienda de Jalapilla, el Emperador observaba el siguiente método de vida:

Á las cuatro de la mañana despertaba y en el acto se ponía en pie, llamando desde luego á su secretario para el acuerdo que duraba hasta las siete de la mañana. Después del acuerdo salía á dar un paseo á caballo por los alrededores, acompañado de sus ayudantes y de sus criados.

Montaba generalmente un caballo de andar tranquilo al que había bautizado por ese motivo, con el nombre de *Anteburro*; prefería siempre la silla vaquera al mejor albardón inglés y vestía elegante traje de charro mexicano de paño azul, con botonadura de plata y ancho sombrero gris con toquilla blanca.

Pero si en sus paseos por el campo, el Emperador gustaba de montar ese caballo, en cambio cuando entraba á alguna ciudad, lo hacía siempre en uno dorado, brioso y magnífico al que había puesto por nombre el *Orispelo*.

Terminaba Su Majestad su paseo á las nueve de la mañana, y pocos minutos después se servía el almuerzo; enseguida recibía á los ministros ó á su secretario, daba audiencia á cuantas personas la solicitaban ó se dirigía á Orizaba en coche, dedicándose de preferencia á visi-

tar las escuelas, las prisiones, los hospitales y otros establecimientos públicos, y llevando siempre algún acompañante destinado á tomar nota de las necesidades más urgentes de los planteles que visitaba.

Servíase la comida á las cuatro de la tarde, sentándose á la mesa los mismos comensales que durante el almuerzo, y algunos funcionarios públicos ó personas prominentes de Orizaba ó de las localidades inmediatas.

Terminada la comida, se pasaba á una pieza que servía de saloncito para fumar; y allí los criados distribuían magníficos tabacos habanos y del país que se fumaban de pie en grata conversación. El Emperador al terminar su tabaco, se retiraba diciendo esta frase, que llegó á hacerse proverbial: ...

« Diré adiós á los Señores. »

Mientras llegaba la noche daba un ligero paseo por los jardines, y enseguida se retiraba á su cuarto donde revisaba los documentos y las cartas recibidas durante el día. En punto de las ocho entraban á su recámara los camaristas para desnudarlo y se acostaba á esa hora, para despertar como ya dije á las cuatro de la mañana, pues una de sus reglas de higiene era que debe el hombre dormir ocho horas seguidas para conservar la salud y tener larga vida.

En esos días, Su Majestad me ocupó en extractar algunos expedientes y en copiar varias cartas; otras veces fuí llamado por el Emperador para leerle algunos documentos, y para anotar su acuerdo al margen.

Una mañana el Soberano me participó que íbamos á partir para Jalapa y « creo, agregó, que le agradecerá á Ud acompañarnos, ya ordené que se le proporcione un buen caballo y que se le ministren cien pesos para que se compre un buen traje de charro. »

Después me dictó la carta siguiente, que copio textualmente, porque es el modelo, por decirlo así, de todas las que dirigía al dejar una población, á la persona más caracterizada de la localidad:

Jalapilla, mayo 18 de 1865.

MI QUERIDO PREFECTO HERRERA,

Al dejar la ciudad de Orizaba, llevo los más gratos recuerdos por la amable acogida que me ha hecho y por el buen sentir de sus habitantes. He querido por vuestro conducto reiterar mi cordial despedida y mis más sinceras gracias ofreciendo volver con la Emperatriz á visitar otra vez esta hermosa ciudad.

Como una muestra de mi gratitud por vuestros buenos servicios os he nombrado caballero de la Orden imperial de Guadalupe, y para aliviar las necesidades de la población le remito quinientos pesos que distribuirá en mi nombre.

Reitero, mi querido prefecto, los sentimientos de mi benevolencia.

MAXIMILIANO.

En los primeros días de nuestra permanencia en Jalapilla, llegaron llamados por el Emperador, el minis-

tro de la Guerra, Don Juan de Dios Peza y el conde de Thun, general que mandaba la legión austriaca, habiendo hecho ambos el viaje para tratar con Su Majestad el delicado asunto de la reorganización del ejército mexicano.

El ministro de la Guerra era un hombre de edad madura, de finas y correctas facciones, de barba y cabellos enteramente blancos, muy culto en sus maneras y muy elegante en el vestir.

El conde de Thun era de mediana estatura, grueso, de barba y cabellos negros, hablaba algo de español, y el francés, con mucha corrección. Usaba uniforme muy modesto, que no se diferenciaba del de sus oficiales, más que en el número de galones que adornaban su blusa azul.

Entablóse una serie de conferencias entre el Emperador, el ministro de la Guerra y el general conde de Thun, y el resultado fué que se escribiera una carta al mariscal Bazaine, á quien Napoleón III acababa de ascender á tan alto grado, carta en la que el Soberano manifestaba su deseo de que el conde de Thun se encargara de la reorganización ya citada, « no habiendo, decía la carta, un general mexicano ó francés, que haya querido ó podido encargarse de ella. »

Estas frases, lastimaron profundamente al mariscal Bazaine y el nombramiento del general conde de Thun aumentó el antagonismo entre Austriacos y Franceses, antagonismo que fué un grande obstáculo para el buen arreglo del ejército.

Después de esas conferencias, el ministro de la Guerra regresó á México, el conde de Thun salió para Perote,



El general Conde de Thun.

de donde se dirigió después rumbo á Jalapa para juntarse con el Emperador alcanzándonos en Huatusco, y yo entretanto profundamente halagado ante la expecta-

tiva de viajar en compañía de Su Majestad, hacía mis preparativos, procurando que no fuera á faltarme nada.

Fué la hora de la partida de Jalapilla para Jalapa, las cinco de la mañana del día diecinueve de mayo. Aquella mañana estival en tierra caliente, es una de las que han dejado huellas muy hondas en mi vida. Se había hecho, y con mucha justicia al Emperador de México, una descripción muy fascinadora de la sierra por donde teníamos que hacer el viaje á caballo, y el archiduque soñador y muy amante á las bellezas de la naturaleza, se mostraba sumamente contento. Solo el ministro Don Fernando Ramirez y su secretario irían en carruaje por otro camino, pues Su Majestad no quería exponerlos á las fatigas ni á los peligros de un viaje á caballo á través de las montañas.

En medio de la animación y de la alegría general, bajo un sol brillante, y el hermosísimo cielo azul de Orizaba, salimos los acompañantes del Emperador siguiéndole gustosos, hasta llegar al pueblo de San Juan Coscomatepec, que es el primer punto que se encuentra en la serranía de Orizaba, en donde por su altura, se siente ya bastante frío pues está cerca de la región de las nieves perpetuas.

Pasamos en San Juan Coscomatepec la noche, y al siguiente día seguimos para Huatusco, teniendo que atravesar en balsa el río de Jomulco, que corre en el fondo de una profunda barranca.

El Emperador perdía en las sombras frescas de los bosques tropicales sus miradas, como queriendo arran-

car sus secretos á esas selvas vírgenes de la virgen América, y nada tan pintoresco como el paso del río donde, como eran muchas las personas de la comitiva y muy pocas las balsas, fué preciso hacerlo en varias horas.

Deslizábanse las balsas sobre la tersa superficie del río, ofreciendo á los ojos un espectáculo muy hermoso, tripuladas por húsares austriacos que lucían sus vistosos uniformes azules, por soldados del regimiento de la Emperatriz, que ostentaban casacas rojas y por criados y arrieros de la servidumbre imperial, cubiertos por multicolores zarapes.

El procedimiento para vadear el río era muy original y daba al viaje un atractivo más de tantos como ya tenía. Desensillábanse los caballos, se les daba absoluta libertad y se les hacía atravesar á nado el río. Nada tan bello, como esas nobles y hermosas bestias levantando erguidas sus cabezas, y dejando flotar sobre la superficie del agua sus vastas crines; nada tampoco, repito, tan pintoresco, como las balsas tripuladas por tantos hombres que seguían llenos de alegría á su Soberano en aquel viaje á través de las regiones más fértiles y más bellas del vasto territorio de aquella sierra.

Algunos kilómetros antes de que llegáramos á Huatusco, vinieron á esperar al Soberano, varios alcaldes indígenas, llevando banderolas blancas en las que se leían los nombres de las localidades que representaban.

Fué la entrada á Huatusco, triunfal; como era generalmente en todas las ciudades que Su Majestad visi-

taba. Arcos florales, vistosos pañolones, vivas, hurras, repiques, salvas; todas las manifestaciones de entusiasmo de un pueblo feliz, todas se producían á nuestro paso.

En Huatusco, nos hospedamos en la casa del Sr. Don Clemente González, caballero muy caracterizado del lugar, y que ofreció muy gustoso sus habitaciones para el monarca y para su séquito. Allí, se nos sirvió un, espléndido banquete de sesenta cubiertos al que Su Majestad, no asistió porque deseaba reposar.

Presidieron ese banquete, los Sres. general conde de Thun y Don Luis Robles, ministro de Fomento. Fué muy notable en esa comida, el sinnúmero de postres y de confituras que se nos sirvieron, habiendo inspirado al Emperador una frase muy ingeniosa y feliz tal abundancia.

Dijo Su Majestad, que los vecinos de Huatusco, queriendo probablemente perpetuar el recuerdo de nuestra visita á esa localidad, querían que todos falleciéramos allí de indigestión.

Como agradara mucho á Su Majestad el clima y el carácter de los habitantes de Huatusco, decidió reposar allí tres días, visitó como de costumbre la cárcel, el hospital, las escuelas, y ya para salir de la población, dispuso se dieran mil pesos para ayuda de las necesidades de la localidad. Entonces, con verdadera sorpresa del Emperador, el prefecto político, y demás autoridades rehusaron recibir la suma antes dicha, diciendo que en Huatusco, no había gente necesitada, pues

todos trabajaban y les bastaba el producto de su trabajo para subsistir.

Insistió el Emperador en dejar mil pesos en Huatusco, manifestando que si no servían para mejorar las necesidades de los pobres, puesto que éstas no existían, si servirían para mejorar el hospital de la ciudad, pues no quería pasar por localidad alguna, sin dejar una huella benéfica de su paso.

Pasamos después por la Hacienda del Mirador, propiedad del Sr. Don Carlos Sartorius y en esa finca Su Majestad admiró el buen orden y la buena administración de ella, y nombró al propietario caballero de la orden de Guadalupe después de felicitarle por su laboriosidad y por su inteligencia.

Antes de llegar á Jalapa, pasamos una noche en la Hacienda de Mahuistlan, propiedad del Sr. Don José Cervantes, marqués de Salinas, caballero muy correcto que nos recibió con exquisita cortesía habiendo llamado mucho la atención de Su Majestad, el arco triunfal que se levantó á la entrada, con productos de la finca.

Siguieron allí los festejos y las muestras de simpatía que por doquiera recibía el Emperador.